





Luces Custodias

M. J. ZAMORA




TOROMÍTICO



*A mis padres, por su infinito
cariño y paciencia.*

© M. J. Zamora, 2022
© Editorial Almuzara, S.L., 2022

EDICIONES TOROMÍTICO
www.toromitico.com
info@almazaralibros.com

Primera edición: junio de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Edición de Óscar Córdoba
Maquetación: Manuel Montero

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-11311-07-6
Depósito Legal: CO-992-2022
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

*Toda buena profecía debe contar,
al menos, con otras dos que la contradigan*

Dicho popular. Anónimo

*De alta estirpe de tres especies sobrenaturales,
una reina oscura surgirá.
Trayendo al Gran Equilibrio su quiebra;
y a los dos Mundos, el final*

Profecía Féminis

*Aquel que bajo el símbolo del Faro,
con su mirada señala al Mal,
a la que devuelve el Gran Equilibrio,
con un beso despertará*

Contraprofecía Féminis

*La que el Gran Equilibrio volverá a establecer,
durmiente de la Hermandad Féminis dejará de ser*

Contraprofecía Féminis



EL RETORNO DE LOS DENTALES.....	11
1 Monstruos en la oscuridad.....	13
2 Malas noticias.....	17
LA NOCHE DEL CLUB CERCO.....	21
3 La tarde previa (en el comedor).....	23
4 En el club.....	26
5 En los jardines de la catedral.....	38
6 Sobre la catedral.....	46
7 Una esperada llamada telefónica.....	48
8 Sobre la catedral (2).....	50
9 El despacho de Salixo.....	51
AL DÍA SIGUIENTE (EN SANTA CLARA).....	55
10 Por la mañana.....	57
11 Por la tarde.....	64
12 Y por la noche, delante de la verja, monstruos.....	67
SON TÍTERES.....	75
13 Los Halos de la Verdad.....	77
14 Delante de la verja (2).....	82
LA NOCHE DEL SANTA CLARA.....	87
15 Charla previa (en el despacho de Salixo).....	89
16 El verso de los tundras.....	91
17 La vigilancia de Claudia.....	94

18 En la habitación de Miguel.....	97
19 En la habitación de Lidia y Sara.....	104
EL MAL MENOR.....	109
20 El camposanto De la Peña.....	111
21 La comprobación de Salixo.....	122
SUCESIÓN DE REVELACIONES.....	127
22 La revelación de Salixo.....	129
23 Las revelaciones del <i>Grimorum Atalaia</i>	132
LA ASAMBLEA DE RUMBO.....	141
24 Reunión sobre la catedral.....	143
25 La votación.....	148
LA NOCHE DE LOS LUCES CUSTODIAS.....	155
26 Un secreto compartido con Dori.....	157
27 Un comienzo accidentado.....	159
28 El desvelo.....	164
ESA MISMA NOCHE (EN VILLA SOL).....	173
29 La muerte de Claudia.....	175
30 El nacimiento de una reina de las Tinieblas.....	181
EL ÚLTIMO DÍA EN SANTA CLARA.....	185
31 Cosa de magia.....	187
32 El despertar de la durmiente.....	190
33 Las contraprocías se cumplieron.....	197
ANEXOS.....	201

EL RETORNO DE LOS DENTALES



1

MONSTRUOS EN LA OSCURIDAD

Las ratas del antiguo polígono industrial El Depósito, a las afueras de la ciudad de Río de Rocas, no eran animales corrientes: de un tiempo a esta parte, no retrocedían ante la presencia de sus depredadores. En apariencia habían perdido el temor que da el instinto de supervivencia, gracias al formidable tamaño y a la agresividad que adquirieron al sobrealimentarse a base de residuos industriales saturados de químicos venenosos.

Estas ratas hacían gala de su «descaro roedor» no solamente frente a aves rapaces y culebras, también ante las colonias de gatos de las zonas limítrofes, los cuales solían salir, en el mejor de los casos, con un pedazo de nariz o una oreja de menos en sus encontronazos con ellas. Las ratas de El Depósito se habían convertido en las auténticas dueñas del lugar.

Sin embargo, una noche especialmente gélida —a pesar de estar a comienzos de octubre—, los animales recuperaron de súbito ese instinto natural que procura sobrevivir. Y fue justo cuando tres hombres accedieron a una de las viejas calles del polígono.

Nada más poner los pies dentro, todas las ratas se volvieron frenéticas, presas de tal pavor que, al unísono, salieron

en estampida emitiendo fuertes chillidos, como si formaran un único y desquiciado gran organismo vivo. Y no quedó una sola a varios kilómetros a la redonda.

¿Por qué ese inaudito comportamiento? ¿Debido a los hombres, a su repentina e inesperada presencia en El Depósito? Si fuera a causa de su aspecto, no, pues, a simple vista, no había nada de terrorífico en ellos. Eso sí, eran algo inquietantes.

Tenían un grandísimo parecido: misma escasa altura, una complexión débil y un céreo cutis anaranjado. De no ser por la longitud y la tonalidad de sus alborotados cabellos, sería muy difícil distinguirlos entre sí. Y no era lo único que compartían; aparte de vestir unos mugrientos trajes oscuros, también tenían la extraña rutina de restregarse la boca con el dorso de la mano sin parar, como si se limpiaran después de haber comido o bebido.

Los individuos, huidas las ratas, anduvieron hasta detenerse en mitad de la calzada. A partir de entonces, el telón tras el que se ocultaba el terror cayó.

Los tres levantaron un brazo para asirse sus respectivas cabelleras y, sin ninguna resistencia, se desprendieron de ellas; en realidad, pelucas que dejaron a la vista unas pulidas calvas.

Y, como si de un macabro *striptease* se tratase, continuaron despojándose de partes de su cuerpo: a las orejas les siguieron los ojos, y a estos, las narices y dentaduras; todo, prótesis artificiales que fueron arrojando al suelo. La imagen era perturbadora; parecían tres inexpresivos maniqués mutilados y babeantes.

De donde se habían encontrado los falsos globos oculares —ahora cráteres de carne— salía un siniestro brillo rojizo: seis focos luminosos en medio de la oscuridad de El Depósito.

Los «hombres» empezaron a tambalearse primero y a temblar más tarde, expulsando, acto seguido, una mayor

cantidad de babas por sus bocas, lo que produjo un sonoro impacto contra el alquitrán al caer.

Se hincharon de cintura para arriba —en la manera en que lo harían si el estómago les aumentara sin parar ni reventar—, y ni sus camisas ni sus chaquetas soportaron la tensión de la nueva y abultada anatomía, terminando por ceder hasta rajarse. Aunque esa situación extrema duró poco, pues se originó una profunda descompresión en sus cuerpos, que quedaron amorfos.



Sus brazos pasaron a ser desmesuradamente largos, y sus manos y dedos, enormes; estos últimos, similares a afiladas hojas de machetes.

Abrían mucho la boca, llegando a desencajárseles la mandíbula, que colgaba mientras el reguero de babas caía incesante.

De las iluminadas cuencas de los ojos les brotaron esferas

de un rojo fulgor, y de las encías desnudas, unas estructuras blancas, duras y puntiagudas a modo de dientes, que se hicieron hueco rápida y aturulladamente a la vez que crecían más y más, y más y más...

Durante toda la terrible y sonora transformación —en la que no pararon de escucharse chasquidos y crujidos—, un grisáceo color de piel fue sustituyendo al anaranjado.

No, definitivamente, el recién recuperado instinto de supervivencia de las ratas de El Depósito no les había fallado.

2

MALAS NOTICIAS

Salió del club de la misma manera en la que entró, sin ser advertido por el tipo grande y gordo encargado de la seguridad en la puerta. Y es que Retro Pelajegrís era muy bueno en esa clase de cosas: a pesar de su 1.80 de altura y de la considerable distancia entre sus hombros —tampoco su indumentaria de motero ni su larga melena y barba color ceniza parecían lo más apropiado—.

No tardó en adentrarse por unos oscuros callejones hasta que su olfato le indicó que no había nadie en los alrededores. Luego, se aproximó al portón lleno de grafitis de uno de los deteriorados edificios y sacó, a continuación, una pequeña y ovalada gema verde del interior del bolsillo de sus tejanos.

La sostuvo en su mano hasta que centelleó; después, se la volvió a guardar —lo cual aprovechó para colocarse derecha la placa grabada con el faro de la Luz Custodia que llevaba enganchada al cinturón—. Y se quedó allí, plantado frente a la apuntalada fachada, con sus fornidos y velludos brazos cruzados —aun con la baja temperatura de aquella noche, los llevaba al descubierto—, y la vista puesta en el cielo, en la resplandeciente luna gibosa, mientras se oía la

sirena de un coche de policía y los ladridos de unos perros callejeros en la lejanía.

Pasado medio minuto, los bordes del portón del edificio se iluminaron —de las rendijas salía un potente resplandor áureo, como si detrás hubiese un pequeño sol—. Pero, poco a poco, la luz fue bajando de intensidad. Y, al extinguirse totalmente, abrieron desde el interior.

Bajo el alto dintel del portón había un extravagante anciano, sonriente y ataviado con una especie de largo kimono negro, en cuyo pecho, a modo de insignia, relucía otra placa que también lo acreditaba como protector de naturales.



A diferencia de quien le esperaba, era bajito y rechoncho. Y aunque, al igual que él, melencudo y barbiluengo, lo suyo, muy exagerado —sobrepasándole con creces la oronda cintura—; además de verduzco y no formado por cabellos.

—¡Buenas noches, amigo mío! —saludó el anciano nada más salir al callejón, introduciéndose entre las capas de ropa el dorado pomo esférico que hasta entonces sujetaba entre sus regordetes dedos.

—No parecen serlo...